de las promesas tradicionales. Segunda, que las setenta semanas, tan cuidadosamente enumeradas y distribuídas por el Profeta, son semanas de años; no solamente porque así lo exige la marcha sucesiva de los sucesos que se anuncian y porque así lo entendían los judíos 1, sino porque el mismo Daniel, al referirse á semanas ordinarias ó de días, lo advierte cuidadosamente 2.

Determinaba este vaticinio la época fija de la venida del Mesías, con el fin inmediato de consolar la aflicción del profeta, varón de ardientes deseos, como le llama el ángel, y con el fin, común á todo el Antiguo Testamento, de preparar el camino de la redención. Y tan encarnada se hallaba esta interpretación en la Sinagoga, que antes de completarse ese período no apareció en Judea ningún presunto Mesías, mientras que al espirar de esas semanas la expectación se hizo general dentro y fuera de Palestina, y no pocos ilusos se fingieron los enviados de Dios. Las setenta semanas, por otra parte, se dividen en tres épocas: primera, de siete semanas para la reedificación de la ciudad y del templo, en medio de las estrecheces y angustias que anuncia el profeta y describe Nehemías 3. El templo, según el testimonio de los mismos judíos, tardó cuarenta y seis años en ser reedificado 4, y tres años más, dice Josefo, que se emplearon en el decorado exterior; lo que hace siete semanas de años. La segunda época comprende sesenta y dos semanas, á contar desde la terminación del templo hasta la unción ó pública manifestación del Mesías; el cual en la tercera época, que abraza solamente la semana septuagésima, había de consumar su alianza, y á mediados de la misma poner fin á los sacrificios legales.

10. El cumplimiento de este vaticinio es notorio. Cualquiera que sea el punto de partida de este período, los cuatrocientos noventa años han transcurrido; han cesado las hostias y los sacrificios, y se ha sentado sobre la ciudad y sobre el templo la abominación anunciada por Daniel y remembrada por el Salvador: "Cuando veréis que está establecida en el lugar santo la abominación desoladora que predijo el profeta Daniel, quien lea esto nótelo bien 1;,, luego el Mesías ha debido venir. Hemos dicho: cualquiera que sea el punto de partida de esas setenta semanas, porque presentando el sagrado texto cuatro fechas diferentes en las cuales fueron los judíos autorizados para volver á Jerusalem y reedificar el templo ó la ciudad, y no siendo segura la cronología de los Reyes de Persia anteriores á la conquista de Alejandro Magno, ofrecen los cómputos presentados ligeras diferencias. Esas cuatro fechas se refieren á dos permisiones otorgadas á los hebreos por Ciro 2 y por Darío Histaspis 3, y á otras dos que les concedió Artajerjes Longimano en los años 7.º y 20 de su reinado 4. El primer edicto de Artajerjes parece adaptarse mejor á las palabras del vaticinio: desde que saldrá el edicto para que se edifique Jerusalem, ya que en los anteriores solamente se había autorizado la edificación del templo; por esta circunstancia, y sin que intentemos definir lo que es objeto de fundadas controversias, preferimos la serie cronológica que establece Cornelio á Lápide. El año 7.º del reinado de Artajerjes Longimano coincidió con el 4.º de la Olimpiada 80 y con el 297 de la fundación de Roma. Contando desde esa fecha sesenta y nueve semanas (siete semanas y sesenta y dos semanas, dice el texto) para la venida del Cristo Príncipe, dan cuatrocien-

<sup>1</sup> Levitico, xxv. 8.

<sup>2</sup> Daniel. x.

<sup>3</sup> Nehemias, III, 33; IV, 1, etc.

<sup>4</sup> Joannis, п, 20.

<sup>1</sup> Matth., xxiv, 15.

<sup>2</sup> I Esdrás, I, 1 y sig.

<sup>3</sup> Ibid., VI.

<sup>4</sup> I Esdrás, VII, 11; II Esdrás, II, 5.

tos ochenta y tres años, que nos colocan en el año 4.º de la Olimpiada 201, en el 781 de Roma y en el quintodécimo del imperio de Tiberio, que es justamente el año en que el Salvador fué ungido por el Padre eterno al salir de las aguas del Jordán. Resta la semana septuagésima para confirmar la alianza, y en medio de ella, año 18 de Tiberio, muere Cristo 1, quedando legalmente abolidas las hostias y los sacrificios, y comenzando para el pueblo deicida las calamidades profetizadas: la descomposición de la nación judía, el fin de todo culto, el saco de Jerusalem y la destrucción del templo 2. Desgracias sin ejemplo llevadas á cabo por Vespasiano y por Tito, transmitidas á la posteridad por el historiador judío Josefo y perpetuadas en el soberbio arco de triunfo del vencedor de Judea y en las actuales ruinas de Jerusalem, convertida en cementerio de musulmanes. El Mesías de Jacob aparece al caer para siempre de las manos de la tribu de Judá el cetro soberano; el Deseado de Ageo glorifica con su presencia el templo de Zorobabel, que ya no existe; y el Cristo de Daniel muere en la mitad de la semana setenta, y cierra el ciclo de las ceremonias legales, como había predicho el vidente de las orillas del Éufrates.

11. ¡Con tanta precisión conocía Israel la familia de su esperado Libertador y la época de su aparición! Sabía, además, dónde y cómo había de nacer. Veamos.

El profeta Miqueas, que vivió 800 años antes de la era vulgar, hizo, entre otros vaticinios importantes, el siguiente: "Tú Belén, llamada Eufrata, tú eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá; pero de ti me vendrá el que ha ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad..... Él permane-

2 Cornelio a Lápide, In Danielem, cap. IX.

cerá firme y apacentará la grey de la fortaleza del Señor, en el nombre altísimo del Señor Dios súyo: y se convertirán á él; porque ahora será él glorificado hasta los últimos términos del mundo; y él será nuestra paz, ¹. Recuérdese que la Sinagoga, interrogada por Herodes con motivo de la llegada de los Magos, se apoyó en este oráculo para informarle de que el Rey de los Judíos nacería en la pequeña Belén, y que de Belén y sus cercanías eran los inocentes niños inmolados por el lacayo idumeo, á quien el César había coro-

Sin detenernos en otras consideraciones que no son de este lugar, examinemos las demás circunstancias que habrán de cumplirse en el nacimiento del Redentor, según las promesas consignadas en el Antiguo Testamento.

12. ¿Será el Mesías concebido como los demás hombres? He aquí una duda que no hubiera surgido probablemente jamás, á no haberla suscitado los mismos oráculos. Pero Jeremías, ocupándose en la futura redención de Israel, exclama: "¿Hasta cuándo estarás estragándote en medio de los deleites, oh hija perdida? Pues mira, el Señor ha hecho una cosa nueva sobre la tierra: una mujer virgen encerrará dentro de sí al hombre Dios,  $^2$ ; ó sea á un valiente caudillo, como significa literalmente la palabra hebrea. La traducción, por otra parte, corresponde fielmente á este otro vaticinio de Isaías: "Oye, púes, tú, oh prosapia de David..... El mismo Señor os dará la señal: sabed que una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel, Dios con nosotros "3. Esta última versión es la de los Setenta intérpretes que eran hebreos; está conforme con la versión caldea, y fué aceptada por los más sabios rabinos de la antigüedad. El mismo Isaías enumera más adelante los atributos de este

<sup>1</sup> Escrito este capítulo apareció el Commentarius in Danielem Prophetam del P. Knabenbauer, que sostiene la misma interpretación con razonamientos muy sólidos. El Presbítero De Moor parte de otro principio, ó sea del año 9.º de Darío, para llegar al mismo cómputo. Revue Biblique, núm. 1.º—1892.

<sup>1</sup> Miqueas, v, 2-5.

<sup>2</sup> Jeremiæ, xxx, 22.

<sup>3</sup> Issaiæ, VII, 13-24.

hijo de la Virgen: "Ha nacido un parvulito para nosotros, y se nos ha dado un hijo, el cual lleva sobre sus hombros el principado, ó la realesa, y tendrá por nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Su imperio será amplificado, y la paz no tendrá fin; sentaráse sobre el solio de David, y poseerá su reino para afianzarle y consolidarle, haciendo reinar la equidad y la justicia desde ahora y para siempre, 1.

13. El Antiguo Testamento rebosa en la esperanza de un Redentor. Adam recibe la primera, como suprema consolación, al verse privado por su culpa de la justicia original. Los grandes patriarcas Abraham, Isaac y Jacob saben que en su descendencia serán benditas todas las generaciones. Judá recibe la seguridad de que su tribu empuñará el cetro soberano para no perderlo hasta que venga el Mesías, esperanza de las naciones; y David, el primer caudillo de esa tribu predilecta, que reune bajo su cetro á todo el pueblo escogido, tiene el consuelo de que Dios mismo le confirme las antiguas promesas, escogiendo á su estirpe para tronco del cual nacerá Jehová, nuestro Justo. A medida que la plenitud de los tiempos se acerca, los vaticinios se concretan, y Ageo anuncia que el Deseado glorificará con su presencia el segundo templo de Jerusalem; Daniel, que aparecerá setenta semanas después del edicto de Artajerjes; Miqueas, que nacerá en Belén; y Jeremías é Isaías, que será concebido y dado á luz por una virgen.

Resulta puesta fuera de toda duda la esperanza universal, mantenida en todas las naciones conocidas, de que un Libertador celestial vendría á curar las miserias del linaje humano.

Esta esperanza es la nota culminante del pueblo escogido; late en toda su vida pública y privada, y parece ser el objeto principal de sus libros inspirados, que una crítica imparcial reconocerá siempre por auténticos. Las profecías ó vaticinios de estos libros no se limitan al simple anuncio del futuro Mesías, sino que descienden á detalles y á circunstancias que no permiten dudas ni vacilaciones sobre la persona del enviado.